

Galeria del Mosaico.



Diego Portales

EL MOSAICO.

PERIÓDICO LITERARIO I DE COSTUMBRES.

Año I.

Santiago, Octubre 6 de 1860.

Núm. 12.

EL MOSAICO.

SANTIAGO, OCTUBRE 6 DE 1860.

Destino de nuestra poesía.

XI.

Antes de concluir con el estudio de la poesía de este para siempre glorioso i memorable período de la historia de las letras Españolas, es forzoso hacer otras reflexiones que se promueven sin esfuerzo, atendiendo al conjunto de los sucesos políticos que se sucedieron durante el reinado de los monarcas de la raza Austriaca.

Ya hemos dicho como la libertad política comenzó a menoscabarse en tiempo de Carlos V i las razones con que se explica la decadencia que sufrió la España no solo en su preponderancia política sino en el reinado de su literatura.

Desde el hijo de doña Juana *la Loca* hasta el enfermizo e inepto Carlos II hai sepultado un mundo de hechos grandiosos i mezquinos, un mundo de glorias i reveses, toda la escala, en fin, de fortunas i de desgracias que puede recorrer una gran nacion en el corto período de un siglo.

Estudiar bajo todas sus facetas la civilizacion de esta centuria, analizar los fenómenos políticos con relacion a las letras en jeneral, es una obra que demanda un ancho espacio, una tarea que ni la España misma ha llenado todavía apesar de los muchos talentos que ha tenido i tiene actualmente.

Lo único que puede hacerse en tal caso es estudiar en globo el espíritu literario de este tiempo, i trazar a grandes toques un bosquejo en que el estudio podrá acabar de sombrear algunas figuras delineadas apénas, i con la necesaria timidez i embarazo que debe tener el que se cree solo un estudioso aprendiz en el arte.

Siguiendo este principio, harémos todavía algunas observaciones que juzgamos indispensables, como ya lo hemos dicho, para finalizar sino cumplidamente, al ménos de un modo digno el cuadro que hemos comenzado.

Si se estudia con conciencia la historia de la

poesía castellana desde los informes ensayos de sus copleros hasta las mas acabadas composiciones de sus grandes maestros, se verá que nada habia dejado de tocar i con notable buen éxito en poco mas de un siglo; término jeneralmente mui corto comparado con el que han gastado otros pueblos para acendrar el idioma i dar un carácter propio a su literatura.

Realmente, cuando se leen las cántigas de los siglos décimo tercio, cuarto i quinto i se comparan con los hermosos versos de casi todos los que componian este famoso *siglo de oro*, uno no puede ménos que creer a la España dotada de un poder jenerador tan asombroso, diremos así, que casi no se puede suponer en un pueblo que ha consumido su existencia en el trabajo de tantos siglos.

Pero es esa la verdad: la tierra de nuestros padres no estaba hasta entónces, apesar de las fatigas sin cuento de sus hijos i de la feracidad de su riquísima naturaleza, ni siquiera medio agotada para el jenio ni esterilizada, apesar de sus hazañas, para la gloria.

Carlos V en el trono de sus padres fué la representacion jigantesca de la grandeza de la nacion: el fruto que debia recojer en sus entrañas toda la sávia jenerosa del árbol que lo habia producido. Asi no es posible estudiar su gran figura destacándola del cuadro en que campea; pues si tal acontece, lo colosal de la estatua vendrá a chocarnos, i por esta razon a impedirnos que la veamos entoda su luz i con las sombras que su misma grandiosidad i elevacion hacen precisas.

Tan cierto es esto, que si pretendemos analizar las prendas que lo adornaban como soberano, si queremos medir la trascendencia de sus hechos i estudiar las hazañas que consiguió por medio de su jenio, separándolo del cuadro que ofrecia no solo la España sino la Europa entera, sobre quien imperó tan poderosamente; solo conseguiremos que, abrumada nuestra cabeza por el peso de tanta gloria, nos ofusquemos hasta tal grado que nos sea imposible ver en él otra cosa que un hombre extraordinario, cuyo nombre no se sabe si ha de colocarse entre los que se titulan grandes soberanos o unirse a la larga lista de los que consideran las naciones como sus verdugos.

Nó, no es aisladamente donde puede i debe verse esta gran figura: no es bajo la luz del siglo XIX como puede bien apreciársela, no es bajo los principios que hoi nos dominan como puede comprendérsele; nó, pues si tal fuera, la libertad pediría un anatema, la conciencia un castigo, i los derechos todos del hombre levantarían irritados a una su voz impetuosa i sagrada contra su mentida grandeza.

El nombre de *inquisicion* suena todavía en nuestros oídos con espanto: el recuerdo de las persecuciones religiosas aun nos hiela: el abandono de todo bien positivo para el pueblo, el robo de sus libertades hecho bajo la capa de la gloria: la sed insaciable de conquistas, a la que España debió su aniquilamiento i por fin la muerte: el suplicio de Padilla, del postrero i mas jeneroso de los Españoles: todo esto i mas todavía que podemos ver rebuscando su historia, no solo nos indigna, nos remueve el corazón, sino que nos hace prorrumpir en maldiciones contra todos aquellos a quienes la imbecilidad i la cobardía de los oprimidos ha querido apellidar *grandes hombres*, sin duda para escarnecer su propia servidumbre. Sin embargo, este mismo hombre parece grande, se le ve un héroe, se le siente un gran político, cuando se le mira al lado del galante i casquivano Francisco I, cuando se le compara con el sensual i feroz Enrique VIII, cuando se tiene en cuenta el espíritu supersticioso del tiempo: cuando se medita que la cimitarra de Soliman i la biblia de Lutero eran las dos esfinjes que asustaban la cristiandad. Sí, entónces es cuando se le ve en toda su luz, i cuando se puede sin equivocarse apreciar el carácter de su jenio i el papel que representó la España bajo su espada.

En Felipe II, a quien Voltaire i sus discípulos han calificado de *Demonio del medio-día* i a quien otros historiadores, por contraposición a estos, han enaltecido hasta el grado de considerarlo un gran soberano, es donde mejor que en ningun otro de estos monarcas puede verse la civilización Española i estudiar los elementos i los agentes de que se componía entónces.

Acrescentada la superstición por las acometidas del protestantismo: hecho mas severo el carácter Español a consecuencia de los sucesos que tenían lugar en Europa i de la grandeza de los hechos de su misma patria: cubierta ya la espada del conquistador con la toga del diplomático: obedeciendo los primeros capitanes de Europa, no ya al guerrero audaz que delante de Tunez comía con ellos su ración de carne de caballo, sino al devoto i sombrío monarca que pasaba largas horas en el monasterio del Escorial mientras que sus huestes invencibles i su grande Armada eran rotas i deshechas por los *elementos*; es claro

que la siniestra figura del hijo de Carlos V nos parecerá ménos aterrante i odiosa que cuando la contemplamos bajo los resplandores de la filosofía de nuestro siglo i por la pauta de los principios sobre que basan los pueblos de hoy su conciencia i su prosperidad.

La gloria brillante i marcial que habia nacido en los campamentos, sepultóse arrepentida en el monasterio de San Yuste: hizose monje con su monarca, i de allí, no creyendo ningun otro trono digno de su grandeza, salió solo para vivir en otro monasterio i enterrar entre sus grandes reliquias la aureola de luz que aun resplandecía sobre su frente. Felipe II es el daguerreotipo verdadero de la España, así como su padre es el mejor cuadro iluminado que puede ofrecer ella de los tiempos de su grandeza. Daguerreotipo hemos dicho, i es mui exacta la semejanza: la historia de ese reinado es oscura: para verla es necesario volver el cuadro a la luz, de otra manera las sombras lo ofuzcan todo, i los personajes no pueden verse absolutamente absorbidos por el negro fantasma que domina este inmenso cuadro.

En Felipe III la grandeza amengua, el resplandor se oscurece: un tinte inesplicable de miseria i opulencia, de tristeza i de burla, de altitud i rastrería se nota bien claro. A Antonio Perez, a Ruy Gomez, al Duque de Alba, a Antonio de Leiva, a Alejandro Farnesio, a Doria, etc., etc., han seguido otras figuras raquíticas: se ve al duque de Lerma en primer término: en el fondo derrotas, reveses, tenebrosa superstición, majestad sin grandeza, fausto sin brillo, orgullo sin mérito, tiranía, opresión, servidumbre sin ningun nombre a quien respetar: pequeñez en todo, cansancio, en fin, de gloria, i necesidad para la pobre España, ya tan ajitada i combatida, de un día largo i completo de reposo.

Felipe IV quiere levantarla, quiere hacerla grande, i se hace solo un fanfarron coronado, con el título de *hazañoso caballero*: quiere hacerla imponente i se hace asesino aleve i cobarde: quiere volverle sus antiguas glorias, literarias, i se torna en *ingenio de la corte* para hacer todavía su pequeñez de espíritu mas risible delante de los grandes hombres que empuñaban el cetro de las letras.

Carlos II desvaría, chochea, tiene miedo, necesita a cada instante de la voz del confesor para que le conjure los espíritus malignos: parece como que presintiera que fatigada la clemencia del Altísimo por los crímenes de sus mayores, quisiese castigar en él todas sus culpas. La España sigue al monarca en su locura i decrepitud anticipada: las artes, la ciencia, se retiran avergonzadas huyendo de la sombra del monarca, a quien no quieren ver profanando el cetro de Isabel i de Fer-

nando: la gloria militar se despide de los tercios españoles, se retira para siempre llorosa, i queda solo el monarca i su mezquina corte imperando sobre un pueblo cuya torpeza i embrutecimiento casi es inconcebible despues de las hazañas que habia logrado.

Despues de tener este bosquejo a nuestra vista, estudiemos si la poesía representa la situacion social i política de este siglo, i despues de esto fácil nos será la solucion de los motivos que le impidieron ser la espresion verdadera de su tiempo.

El poema épico en todos sus jéneros habia sido ensayado, la oda en todas sus especies, la epístola, la poesía descriptiva, la sátira, el madrigal, el epígrama, etc., todos estos diversos ramos de la poesía habíanse recorrido i sacado de muchos de ellos preciosas ventajas.

Aunque en el buen número de poemas épicos que se habian hecho, se puedan solo entresacar uno que otro digno de aprecio, sin embargo, hai trozos en casi todos ellos que acreditan que este jénero difícilísimo podria haberse cultivado tan bien como en Italia, si los españoles hubiesen sabido colocarse a la altura de los acontecimientos que ellos mismos habian provocado. Así no es de estrañar que la *gatomauia* i la *mosquea*, sean los mejores que tiene el castellano, i que esta superioridad, como dice Quintana, *deba causar a los españoles mas satisfaccion que vergüenza*.

M. BLANCO CUARTIN.

Continuará.

Funerales de D. José Miguel Carrera.

Nos hacemos un placer en extractar de los papeles de Lima la relacion de los funerales que se hicieron en el templo de San Agustin de aquella ciudad, en honor de nuestro querido compatriota, el finado don José Miguel Carrera i Fontecilla.

No hemos querido copiar a la letra los discursos que se pronunciaron en su sepulcro, por no herir susceptibilidades, i despertar temores, que no harian otra cosa que hacer ménos llevadera la situacion en que nos encontramos.

Cuando se toma en cuenta que el pensamiento aquí, como en casi todas partes, es un eterno proscripto, un huesped a cuyo encuentro corremos para cerrarle la entrada, no se puede ménos que envidiar la suerte de los pueblos de la Union Americana. Efectivamente, una nacion que ha podido aclimatar en su suelo instituciones, que para la Europa misma han sido hasta aquí meras utopias, cuando mas, quimeras buenas solo para figurar en el papel,

uno no puede ménos que confirmarse en las aspiraciones de libertad i de progreso, apesar de los desengaños que experimente todos los dias, i de los obstáculos que le opongan sin descanso la rutina i la torpeza.

Por la relacion que hacen los periódicos de Lima, se vé que el finado don José Miguel habia sabido granjearse entre aquella sociedad una estimacion que, si honra altamente al que era objeto de ella, enaltece a su vez el concepto elevado que nos merece el carácter de los hijos de la República Peruana.

Varios personajes distinguidos en las letras i en las armas fueron allí a acompañar el entierro de nuestro compatriota, a presenciar la ovacion que nuestros hermanos dirijian al cadáver del amigo en presencia del pueblo que unia sus plegarias a las suyas, sin mas motivo que hacer unísonas las lágrimas que arranca siempre de las almas jenerosas la obstinada desventura.

Los pueblos de la raza española, dígame lo que se quiera acerca de su civilizacion, pueden decir con orgullo, que han heredado de nuestros padres las prendas del alma, la hospitalidad i el desinterés que han valido a la España un lugar mui preferente en la historia, i que harán que siempre se la recuerde, cuando queremos significar grandeza de corazon i elevacion de sentimientos.

Cuando en esto se piensa, se comprende perfectamente el dolor de Victor Hugo, obligado a vivir en Jersey, a tener por confidente de sus acentos jenerosos, a esos habitantes cuya lengua, cuyos hábitos, cuyo modo de ser no permiten ni la asimilacion de la esperanza, ni la alianza íntima i estrecha que reclama el infortunio. ¡Bendita nuestra América bajo este respecto! Los españoles al darnos su sangre nos dieron sus vicios, es verdad, pero tambien nos regalaron i mui copiosamente las virtudes en que ha estribado su grandeza, i a las cuales deberá la resurreccion de su engrandecimiento. Cuando leemos las palabras *emigrados chilenos* que hace dos años repiten constantemente los periódicos de las repúblicas hermanas, el corazon se quiebra, el alma parece como invadida por infaustos recuerdos, i las lágrimas no pueden ménos que asomarse a nuestros párpados.

I apesar de todo esto, hai hombres que hacen rodar la cuna de sus deleites: que gozan sin acordarse siquiera en el dolor de sus hermanos: otros que empuñan la pluma para defender la injusticia i contrarrestar en lo posible el grito unánime de reprobacion que corre como la luz al rededor de nuestra decantada ventura; otros, en fin, que siguen el mismo camino, creyéndose como no bien vengados todavia con los pesares de que son testigos.

«Yo veo, señores, decia lloroso el viejo Chateaubriand en la cámara de los Pares, un

nicho vacío; el de Enrique V: así no podré decir, por mucho que se pondere nuestra felicidad, que se haga tanto alarde de alegría, que la Francia está verdaderamente contenta.»

Apliquemos estas palabras tan sentidas a nosotros, i dígasenos, poniendo la mano en el corazón, si es verdad que la familia chilena está incompleta: que el nido de nuestras afecciones está huérfano, i si la libertad, que es para nosotros lo que era la imájen de Enrique V para el noble lejitimista, está llorosa i enlutada en los altares venerados de la patria.

En la estadística de los bienes que suelen hacer los gobiernos, introducen de continuo ajentes que pertenecen a la que hacen los pueblos de sus miserias: así no es extraño ni deja de ser lógico que la vocinglería sin crédito tome el incensario de la lisonja i el diccionario del sofisma para asordar nuestros oídos con el eco destemplado de nuestra pretensa prosperidad i nuestro mal finjido contento.

Agregar una palabra mas sería un ripio en nuestra situación, un pleonasma de dolor que tal vez no se nos perdonaría, o mejor que eso, otros ecos mas para perderse o embotarse contra la crudeza tenaz de nuestro destino.

Un gran dolor aflige en estos momentos a la emigración chilena residente en Lima. JOSÉ MIGUEL CARRERA, el hijo del jenio de la revolución de Chile, ha espirado en la noche del 9 de Setiembre a las diez i veinte minutos!

Ha muerto, como García, de una enfermedad al hígado que en veintiocho días le ha arrebatado a sus amigos i a su patria; enfermedad del proscrito, de dolor, de ansiedad, de ímproba labor, de amarguras indecibles.

CARRERA, orgulloso de su ilustre nombre i de su vida pública llena de lealtad i de abnegación por la patria, había establecido desde su llegada a Lima un taller para la elaboración del chocolate a vapor, i se ocupaba en ella como obrero a la par con los numerosos amigos que había recojido a su lado.—Desde la madrugada hasta la entrada de la noche se le veía trabajando con sus propias manos en todas las faénas penosas de la empresa. Esta fatiga constante e insalubre, le ha quitado la vida junto con las hondas impresiones que su ánimo experimentaba.

Su carrera pública ha durado diez años desde que en 1854 acaudilló la revolución de las provincias del Norte, que llevaron sus armas hasta la vecindad de la capital, donde fué vencido.

En el trabajo mas modesto como en los mas altos puestos, JOSÉ MIGUEL CARRERA, al ejemplo de su padre, era eminentemente el hombre del pueblo.

Su enfermedad ha sido breve i cruel, pero él sobrellevóla con sublime resignación i sus últimas horas fueron una lección inolvidable de cuanto puede en los dolores humanos la altura del espíritu, la fuerza de la convicción i la varonil ternura de los sentimientos. Carrera espiró pronunciando palabras de perdón para sus enemigos, e

implorando del cielo días de ventura i de justicia para la patria.

En sus modestos funerales, que tuvieron lugar en San Agustín en la mañana de hoy (once de Setiembre) solo pudo comprenderse cuan verdaderamente amado era este hombre tan distinguido como infortunado. Sin un solo convite especial, llenóse el templo, no solo con la concurrencia de sus compatriotas, sino de numerosos caballeros del país. Entre estos notamos a los señores Coronales Triviños, Noriega, el Jeneral don José Domingo Espinar, antiguo secretario de Bolívar, i a los señores don Manuel Palacios, don Manuel Amunátegui, don Francisco Lazo, don Enrique i don Federico Marriot, don Emilio Althaus i muchos otros. Mas de ciento cincuenta personas ocupaban el átrio central de San Agustín, además de numerosos grupos de artesanos i aun de mujeres que manifestaban su llanto, en la portada de la iglesia, que lamentaban la pérdida de quien había nacido como ellas o sus esposos en el suelo de Chile.—Sus amigos quisieron llevar el carro mortuario arrastrado por sus brazos hasta la plaza de la Inquisición, pero las dificultades del piso inclinado i la concurrencia que aflujó en las calles del tránsito lo estorbaron. Dos cuadras ocupaba la fila de carruajes que seguía al carro mortuario.

Entre los que cargaron el féretro al colocarlo en el carro i al descenderlo, observamos a los Sres. Ugarte, Luis Ovalle, Palacios, Triviños, Vicuña Mackenna i Larrecheda, cuyos semblantes acusaban su profunda emoción.

Al depositar el féretro en su nicho, los señores Vial i Larrecheda pronunciaron palabras llenas de unción i patriotismo, ahogando su aflicción con sus sollozos, a los que hacía eco el de tantos de sus amigos que daban al ilustre difunto el postrer adiós.

CARRERA ha muerto a los 39 años de su edad, lleno de juventud i de esperanzas. El destino encarnizado señaló con su fallo al hombre cuya vida era mas grato i mas necesario conservar a la familia de hermanos que se llama a sí misma, la *Emigración Chilena*.

Hace dos meses que García espiraba a la vista del que fué su compañero en la benévola i jenerosa empresa de auxilios que plantearon. ¿Qué nuevo nombre reclamará el infortunio para esas páginas fúnebres?

Ninguno, entre tanto, será mas noble, mas tierno i mas universalmente llorado, que el del jeneroso chileno cuyo último fin narrámos en estas palabras, porque ninguno era mas digno de un tierno respeto i de esa admiración que despierta una existencia llena de dolores i de luchas, en que se ha perdido la fortuna, la quietud, la existencia misma, escepto la constancia en los esfuerzos i la fé en el deber.

JOSÉ MIGUEL CARRERA como sus tres ilustres deudos, inmolados en la plaza pública de Mendoza, ha muerto mártir en la arena de la libertad, i enseñando a sus hijos i a sus amigos, con su sublime ejemplo, el poder irresistible de las tradiciones de la patria que en él se han cumplido con implacable, pero no infecundo, rigor.

Damos lugar en seguida a los discursos pronunciados por los señores Vial i Larrecheda, el primero amigo desde la infancia del lamentado Carrera i el otro su amigo desde el día de la adversidad

en la causa de la patria i de ese pueblo chileno que siempre se ha honrado con los hombres que como el señor Larrecheda reunen a la virtud del trabajo en el taller, el del culto de las ideas en el templo del patriotismo.

Hé aquí estos discursos.

El Sr. Vial:

«Señores:—Asistimos a una de las solemnes fiestas de la proscripción, i la música que nos conmueve, son las preces que hacemos al Hacedor Supremo por el amigo que encierra ese ataúd: nuestro regocijo se traduce en llanto!

I ¿cómo no había de ser causa de una intensa alegría para nosotros ver que el hijo siga la suerte del padre, que el gran jénio de nuestra revolucion muera en el patíbulo de Mendoza, i el heredero de su nombre i de sus virtudes, proscripto en Lima? Por lo ménos eso prueba que si las pasiones políticas hacen perder las nociones de lo justo, las grandes cualidades se transmiten en las familias históricas de nuestro país de una en otra jeneracion.

Carrera, muerto en el albor de su vida, se lleva al cielo una constancia infatigable, una lealtad patriarcal, una alma que se abría a los dolores de la patria i de la amistad, i arrostraba impávida las del yo..... ¿Quién lo trató que no tuviera ocasion de ver colorarse su noble rostro por la noticia de ajenos padecimientos que cuando eran propios sobrellevaba como el guerrero la coraza? quien se acercó para pedirle un favor que se retirara desconsolado? Espíritu egréjio, las lágrimas que enjugaste no se secaron; ellas descenden hoy como la lluvia del Cielo para refrescar la tierra que en breve te cubrirá.

Los proscriptos que ahora rodeamos ese ataúd, un día volveremos a la Patria como soldados que han perdido sus cabos, al ¡quien vive! de los amigos responderemos, con los restos mortales de los compañeros queridos que unos en pos de otros van muriendo en esta tierra hospitalaria. Los que saborean la dicha siembran de flores su camino, nosotros que solo disfrutamos de la patria el pabellon con que al morir nos envuelven, describimos con sangre que de nuestros corazones destila el derrotero que atravesamos.

Pero no pienses, Chile, que por eso te queremos ménos: Carrera al morir balbuceaba palabras tiernas de perdon i recuerdos delicados de tu azulado cielo; acaso cuando ya la garganta daba difícil paso a la palabra, te envió su postrimer adios.....Recíbelo patria de mis padres, que es el perdon de mui cruentas ingratitudes!

I tú, amigo de la infancia, modelo perfecto del cumplido caballero, padre i esposo sin rival, si lees en nuestro corazones, si escuchas lo que ellos dicen, ya sabrás que tu familia no queda en la horfandad. Donde haya un chileno honrado, la noble viuda i los hijos que ruegan a Dios por tí, encontrarán amigos decididos.

La herencia de tu familia está fincada en el amor que por tu apellido i por tí tienen los buenos ciudadanos.

No temas tampoco, amigo querido, que pidamos perdon para tu cadáver; el odio no tiene garras con que adherirse a las tumbas; ni pienses que tu proscripción se prolongue mas que la de tus compañeros. Allí donde nuestros mayores duermen en eterno sueño nos reuniremos un día, para enseñar con tu nombre i otros muchos, la manera con que se consigue el nombre de patriota.

Si el adios que te envió es demasiado profano para dirigirlo a la mansion serena donde descansas, depúralo en tu corazón, i dame fuerzas para bendecir los secretos designios de la Providencia, que me hace perder al que tantas veces fortaleció mi abatido corazón.....»

El señor Larrecheda:

«Señores:—La emigracion chilena bajo el peso de un inmenso dolor, se reune hoy en derredor del cadáver de uno de sus miembros mas queridos. Al darle el adios de la eternidad, permítaseme recordar en estos solemnes momentos, quien es aquel a quien ha perdido la patria, i a quien con tanta razon lloran sus amigos.

José Miguel Carrera, es un nombre que desde 1810 ha sido grande i querido para todo corazón chileno. En la gloriosa época de nuestra independencia, ese nombre fué glorificado por aquel que dió la vida al que hoy lloramos, glorificados sus heroicos hechos en los campos de batalla, por sus sacrificios en favor de la gran causa de la libertad, i por el martirio en que sucumbió bajo el peso de la mas atroz venganza i del mas sangriento despotismo.

José Miguel Carrera, el vástago de aquel chileno ilustre, se consagró tambien desde su primera juventud al servicio de los santos principios de libertad i de igualdad. El quiso seguir las luminosas huellas de su padre, i desgraciado como él, ha muerto, en la proscripción.

Si como patriota fué abnegado, esforzado, valiente i siempre digno de su ilustre padre, como amigo tuvo virtudes que harán eterna su memoria para los que tuvimos la felicidad de conocerlo íntimamente. ¿Quién de nosotros no apretó con placer i amor la mano de ese chileno heroico cuando todavía latía el corazón en su pecho? ¿Quién de nosotros no estimó su trato sencillo i siempre afable, su desprendimiento jeneroso, su franco i noble carácter?.....

Yo, señores, que soi un soldado en las filas de la democracia chilena, tengo tambien el deber de recordar que el que nos ha dejado para siempre, fué el mas puro, el mas leal, el mas noble i popular de sus campeones. El amó al pueblo, porque tenía fé en ese elemento heroico de todas las naciones; en ese elemento que si puede existir a veces abatido i humillado, cuando un tirano lo ha cargado de cadenas, sabe casi siempre alzarse grande i potente i reivindicar en el combate los santos e imperecederos derechos de libertad i de justicia. José Miguel Carrera fué para nosotros mas que un jefe, fué un hermano en cuyo gran corazón, en cuya alma elevada, depositamos siempre confiadas nuestras esperanzas i nuestros sufrimientos.

¡Adios amigo!....Séate la tierra liviana; i Dios bendiga tu alma en el cielo, como la patria reconocida bendecirá tu memoria el gran día de su rejeneracion.»

Las exequias del ilustre finado tuvieron lugar en el día de hoy a las once de la mañana en el templo de San Agustín, i mientras se pronunciaron los anteriores discursos, sus amigos mantuvieron el féretro suspendido a sus brazos i cubierto con el estandarte de Chile.

A continuacion ponemos los nombres de algunos de los concurrentes que tenemos presentes en este momento.

- | | |
|----------------------------|--------------------------|
| D. Pedro Ugarte. | D. Eleodoro Toro.. |
| “ Luis Ovalle. | “ Ramon Segundo Toro. |
| “ Ramon Toro Mazote. | “ Rafael Doren. |
| “ Benj. Vicuña Mackenna. | “ José G. Rivadeneira. |
| “ Perceval Gonzalez. | “ Roberto Souper. |
| “ J. M. Lecaros i Alcalde. | “ Anselmo Carabantes. |
| “ Manuel A. Matta. | “ Wenceslao Prieto. |
| “ Wenceslao Vidal. | “ Anjel Custodio Gallo. |
| “ Felipe Matta. | “ Tomas Gallo. |
| “ Rafael Vial. | “ Javier Ovalle. |
| “ Evaristo Andonaegui. | “ Luis Tagle. |
| “ Tristan Matta. | “ Juan Francisco Ovalle. |
| “ Juan Dionisio Barros. | “ Pedro P. Zapata. |

D. Agustin Ovalle.	Jen. José Dom. Espinar.
" Juan J. Uribe.	Cor. N. Triviño.
" Manuel Amunátegui.	Ten. Cor. Noriega.
" Eujenio Amunátegui	D. José Dom. del Canto.
" Nicolás Tirapegui.	" N. Fierro.
" Basilio Romero.	" N. Smith.
" Matias Masenlli.	" José Silvestre Aris.
" José M. Aldunate.	" N. Ortiz.
" Andres Maluenda.	" Cornelio A. Aris.
" Antonio Ibieta.	" Horacio Irving.
" Florentino de la Guarda.	" N. Espinosa.
" Javier Mariátegui e hijo.	" Ambrosio Larrecheda.
" Francisco Sampaio.	" Silvestre Espinosa.
" Eusebio Lillo.	" Prudencio Figueroa.
" José Vildósola.	" Emilio Althaus.
" Balbino Comella.	" N. Martó.
" Pedro Maury.	" Silvestre Hesse.
" Jorje Tesanos Pinto.	" José D. Toro.
" N. Moreno.	" Liborio Larraona.
" José Martiariena.	" Esperidion Pozo.
" Andres Bello.	" Rudesindo Rojas.
" Manuel Rodriguez.	" Federico Marriot.
" José M. Acuña.	" Manuel Bacarera.
" N. Carmelino.	" Pedro Melcher.
" N. Cárdena.	" N. Bravo.
" Antonio Millan.	" N. Castro.
" Pedro A. Rosales.	" N. Rojas.
" Enrique Mariot.	" José Soto.
" Francisco Lazo.	" Tristan Fuenzalida.
" José T. Pacheco.	" Samuel Launshaw.
" Domingo Guerra.	" N. Carmona.
" N. Aliaga.	" N. Yavar.
" Cárlos Aliaga.	" Luis F. Zegers.

Himno a Rancagua.

Lauros de Salamina i de Platea
Que crecen cuando lloran los tiranos.

QUINTANA.

I.

Qué ven mis ojos ¡a! para que el llanto
Brote a raudales i mi rostro queme?
¿Por qué la voz se niega torpe al canto,
I resonar ya teme?

¡Oh sitio de Rancagua, yo te insulto....
No lágrimas dolientes; sí oblacones
I admiracion i culto
Merece el lauro que adquiriste un dia,
Bien que contraria, la fortuna impia,
Fué a los patrios, purísimos pendones!....
¿Decir tan grande hazaña humano acento
Podrá? nó: la lid cruenta

Tú que la viste, Cachapoal, nos cuenta.
I el brio i ardimiento

Que de Chile los ínclitos soldados
Allí desplagan, como nadie osados.

II.

¡Gloria a Rancagua i a sus héroes gloria!
Nueva Sagunto que la edad presente
Para ornamento erije de la historia;
¡Salud! ¡Salud! Ardiente

Fuego en mis venas al nombrarte brota,
I un mundo creo de perenne lumbre
Habitar, cuya cóncava techumbre

El vendabal no azota,
Cuando bramando jira

Fiel mensajero de celeste ira;

I al alto roble i a la encina trunca.

Si de tus ruinas la memoria invoco,

¿Qué insólita grandeza

De pensamientos que no tuve nunca

Ajitan mi cabeza?

¿Si será que en las cuerdas de mi lira

El jenio de la guerra ora se mece?

Lo siento; i me parece

Que el canto que me inspira

Será sublime como fué la hazaña

Que hizo temblar a la potente España.

III.

Numerosas falanjes a su mando,

Como la mar arena movediza,

Tiene el Ibero jefe, i confiando

Asaz en ellas, con mendace risa

Antes de entrar en el combate fiero

Su triunfo cierto canta;

I desnudando el centellante acero.

Soberbio se adelanta;

I al ver que sola la ciudad gloriosa

De libres un puñado la sustenta,

Dice con voz rabiosa:

«¿Quién resistir intenta?

¿La cortadora espada

Que resplandece en manos varoniles

Como el sol en la esfera dilatada

Podrá blandir los míseros reptiles

Que arrastran a sus piés los hierros viles

De condicion menguada?

No; imposible, aprestad vuestros caballos

Que hambrientos de malanza

En sus cabezas marcarán sus callos.»

IV.

En su arrogancia loca

Dijo, i selló su boca.

¿Tan pronto olvida que su sangre odiosa

Regó los campos en feroces lides,

La tricolor enseña, victoriosa

En los aires flotando?

¡De hinojos te bendigo,

Blason augusto del chileno bando!

¡Crece el laurel en tu jenial abrigo!

V.

Si no cubre al guerrero independiente

De duro bronce relumbrante cota,

Que venza el golpe del obus ardiente,

Peto mas firme que hasta el rayo embota,

Defiende el pecho al lidiador valiente.

La patria i libertad, ved, el escudo

Es de su vida antemural sagrado;

I en el encuentro rudo

Defendido por él, como sabueso

Hambriento que su látigo ha cortado,

Batallará i del hado

Triunfante i de los hombres.

Entre la ruina universal i escombros,

Cuando no haya recuerdo de sus nombres,

Sustentará en sus hombros

La eterna gloria, que venciendo alcanza.

¡Ah! teña tu venganza

El español insano

Que riega ya su sangre inmenso llano.

VI.

Como se quiebran las revueltas olas

Del mar profundo, que irritado muje,

En alto escollo de maciza piedra,

Así las españolas

Furias estrellan su soberbio empuje
 Contra los pechos que el morir no arredra.
 ¡Guárdate, España, de esos pocos fuertes!
 Cuenta, cuenta, que no deseslabonen
 Sus ferradas cadenas, que mil muertes
 Nada serán que satisfaga un tanto

La humillacion i el llanto,
 Que en tres largas edades,
 En estúpida calma devoraron,
 Mirando tus maldades!

¡Fiera, orgullosa España,
 Redobla tu furor e injusta saña!
 ¡Ail mísera de tí si son tus hijos
 Vencidos en la lucha!

¿De sus males prolijos,
 Quién lástima tendrá? no oyes? se escucha
 El grito de venganza, que el chileno

Al desnudar la espada
 De sobresalto ajeno,
 Estridente, profiere:

¿No oyes? bañarse quiere
 En la espada la sangre que abomina,
 I si peleando en la batalla muere
 Del borde de la tumba te conmina!

VII.

Una vez i otra el luminar del dia
 Miró desde el zenit resplandeciente
 El dudoso lidiar; tambien la luna

I cárdena i sombría
 Miró correr caliente
 Sangre que atropellándose salia,
 Formando ancha laguna.

Las voces i humo i polvo i el sonido
 De música guerrera,
 El llanto, el fuego i el letal quejido
 Del moribundo, i el que envuelto en nubes

De rojiza metralla
 Del horrído cañon silvando estalla;
 Escena tal formaban, que creyera
 El hombre ver que estaba ya vecina

Del Señor la severa
 Venganza, i que el terrible
 I nebuloso caos cubriría
 De nuevo cielo i tierra.

I viendo el Castellano era imposible
 La que creyó ceñida
 A su corcel de guerra
 Fácil victoria, trémulo se altera,
 I la robusta espada

Volver intenta en vergonzosa huida.
 ¡Pero quiso a los libres tal guirnalda
 Negar adversa suerte,
 I en el cáliz de muerte

Les dió a beber de su derrota el trago!
 ¡Oh dia de ansiedad, dia de sangre!
 ¡Cuál otro alumbró el sol de tanto estrago!

VIII.

El vengativo hispano,
 Bramando de vergüenza i de despecho,
 Otra vez se abalanza al inhumano
 Batallar ¡oh dolor! En balde el pecho,
 Que de valor lo viste,
 Le presenta el guerrero independiente:

Ya nada le resiste,
 I la lijera fama,
 Desde la aurora al pálido occidente:

Triunfo, la Iberia esclama,

Triunfo, repite la precita jente.

El vencedor en su delirio esclama:
 «No quede, no, sujeta una cabeza
 Al cuello del vencido, roja llama
 Sus campos i sus casas en pavesa

Voraz convierta; i en los cráneos huecos
 Beba la sangre que corrió a raudales,
 I de sus miembros hórridos i secos

Se erijan los triunfales
 Arcos.» Dijo i sus ecos

Aun tiempo con los golpes se juntaron
 Que seguros las sienas dividieron
 De los patriotas ¡ai! que allí buscaron

I bravos defendieron
 De la codicia de nacion estraña
 La villa, el templo i la rural cabaña.

IX.

¡Oh musa! ¿quién es, dime,
 Ese que miro, la cabeza enhiesta
 Fulminador guerrero?

La reluciente espada que su diestra
 Omnipotente esgrime
 Es *flamijero rayo*;
 Su majestad sublime

De su jente el valor extinto inflama,
 I el pálido desmayo
 En el ibero vencedor derrama.

¿I dime cómo junta imperturbable...
 A los dispersos que en la lid huyeron,
 I de nuevo al combate

Conduce, i a su frente
 El, el primero con denuedo ardiente
 Rompe de bayonetas la muralla,
 Que el español le pone

Cual invencible valla?
 O'Higgins, O'Higgins ¿qué habrá no desmorone
 Tu fuerte brazo, como a débil choza
 De rio caudaloso el récio embate?

¿Cuál fuerza puede haber que te resista?
 ¿Cuál que no desbarate
 Tu heróico brio, como a seca arista
 Airado viento que en los aires zumba?

¿En dónde el hombre está que a tí se iguale?
 ¡A tí gloria i loores!
 Que no es tuya la culpa en ser vencido
 Que de otro fué... por siempre del olvido

Cubra el pesado manto los horrores...
 ¡El fallo vengador ya está cumplido!

X.

Goza, sí, de tu triunfo, goza, España,
 Que no tardia llorarás a mares
 La efímera victoria,
 Que por tu mal escribirá la historia.

De osamentas ¿no veis? son los altares,
 Que adornan las banderas de la gloria.
 ¡Dó están, decid, las Barras i Leones
 Del fuerte Castellano?

El con su propia sangre a las naciones
 Del caduco Occidente
 Les mostró que era digno el Araucano
 De formar un gran pueblo independiente

Sin la tutela de estrañera jente.

PEDRO L. GALLO.

Lo que pasa entre nosotros.

CUADRO DE COSTUMBRES.

A mi amigo José Miguel Gonzalez.

(Conclusion.)

VI.

—Madre, mucho se padece siendo pobre.

—Pobre niño! dijo la mujer, tu ignoras muchas cosas, i sin embargo conoces esta amarga verdad. Hasta hace pocos días, solo has pensado en tus juegos de niño, i en tus lecciones, sin aflijirte por el pan de mañana, sin pensar en el penoso trabajo que ocupaba a tu padre, desde la mañana hasta la noche, para obtenerlo; sin pensar que yo compartia con él su dolor i que mas hambre sentia yo cuando al regresar de la escuela pedias un pedazo de pan, que tú pobre hijo mio, que no habias probado una migaja.

—Ah! madre, es verdad, nada de todo eso he conocido, pero ahora..... sé otras cosas..... Cuando iba a la escuela, pasaba siempre por las ventanas de las casas de algunos ricos, i cuando veia alguna abierta, me juntaba con otros niños i nos pegábamos a las rejas para mirar adentro. Todo me parecia indiferente, solo deseaba los juguetes que veia sobre las mesas; pero esta noche..... esta noche.....

—¿I qué, hijo?

—Pero esta noche no he deseado los juguetes, he ambicionado esas bonitas camas de seda, esos catres amarillos, como el oro, esos roperos con espejos que deben tener en su interior tantos trajes..... Oh! todo esto ambicionaba, porque Vd. no tiene cama ni vestidos, porque no lo tienen tampoco mis hermanos.....

—Ni tú, dijo la madre enternecida.

—Tiene Vd. razon, dijo con voz triste el niño, de otro modo no se me secaria la ropa en el cuerpo! Todo eso deseaba..... ¿por qué ellos tienen esas casas i nosotros no?

—Porque son ricos.

—¿I por qué nosotros no lo somos? Acaso ellos trabajan mas que nosotros? Acaso ellos se mueren abrumados por la fatiga?

—Calla Custodio, esas palabras suenan mal en tu boca. No les tengas envidia ni rencor porque esa es una accion mala. Los ricos nos dan el pan.

—Pero nosotros ponemos el trabajo para ganarlo a costa de nuestra vida, amasándolo con lágrimas. I cree madre, que don Juan me ha empleado en su fábrica, que se ha apiadado de mí?

—¿No se ha compadecido de tí? preguntó con sobresalto la madre del muchacho.

Custodio movió tristemente la cabeza i respondió :

—Los ricos pocas veces se compadecen. Ma arrojó de su casa sin darme esperanza.

—Ah! ¡i tú padre que le ha trabajado tantos años!

—¿I qué ha muerto! murmuró el niño echándose a llorar. Pero no tenga Vd. cuidado, añadió despues, enjugando sus lágrimas, yo buscaré trabajo en otra parte i seré rico..... no llore Vd. madre mia, Vd. me ha dicho que Dios nos protegerá.

—Sí, hijo mio, le respondió la madre, abrazándolo, confía en él i todas tus penas serán premiadas. Custodio quedó pensativo.

—Yo quiero ser rico, dijo despues, i lo seré!

—Dios te oiga, hijo, ademas siendo honrado i juicioso no es imposible.

—Ya lo verá Vd. madre querida añadió levantándose, tengo valor para todo.

En seguida se acercó a su padre, contempló su cuerpo inanimado, con semblante al parecer sereno; i dijo con voz angustiada :

—Me siento rendido, madre mia.

—Reclínate aquí, hijo, i la madre lo estrechó contra su seno.

Custodio ahogó un gemido.

—Lloras, Custodio?

—No, madre.

Un momento despues Custodio dormia. Pero el sueño del jóven se asemejaba mas bien a una pesadilla, por su respiracion entre cortada i aflijida.

Un sueño semejante a aquellos que nos pintan las baladas alemanas, en que un jenio diforme se sienta sobre el pecho del que duerme, i mordiéndose el índice de la mano derecha, le fascina con sus ojos salidos de las órbitas.

La buena mujer no durmió esa noche, i se ocupó en cubrir a sus hijos menores i en acariciar i calentar con su cuerpo a Custodio.

El candil próximo a concluirse, arrojaba una luz incierta i trémula, proyectando, sobre el cadáver sombras caprichosas o bien delineando su forma en la tosca muralla.

El cadáver parecia moverse.

La mujer tenia miedo.

Un momento despues el aposento quedó sumergido en tinieblas.

El miedo de la mujer se redobló.

Esperimentaba ese terror vago e incierto que sentimos cuando estamos cerca de un cadáver, aunque este pertenezca a una persona querida.

La madre de Custodio creia oír la respiracion de su esposo i mas de una vez creyó que dormia.

Pero la realidad venia con su mano de hierro a posarse sobre su corazon.

Por intervalos se oía, conducidos por el viento, los versos de la zamacueca o el chasquido de la guitarra, de los que, en la vecidad, celebraban con mayor entusiasmo el primer aguacero de ese invierno.

¡Triste contraste que sumerjia en un caos de reflexiones a la mísera viuda!

VII.

Al dia siguiente en la noche, un cortejo fúnebre se dirijía al cementerio.

Este cortejo se componia de un carreton de madera que hacia al rodar un ruido infernal, tirado apenas por una mula conducida de la brida por el carretonero, de un hombre, el eriado de don Juan, i de un muchacho, el hijo mayord el que llevaban a enterrar.

El carretonero acostumbrado a semejantes faenas, marchaba entonando una cancion obcena i fumando su cigarrillo.

Los otros dos acompañantes no hablaban palabra, i caminaban a la par con el carreton por el camino cubierto de fango por el aguacero de la noche anterior.

Pronto llegaron al cementerio.

El panteonero encendió un farol, Custodio i el doméstico de don Juan tomaron el cadáver i se dirijieron al interior.

Una vela mostró a Custodio la hoya negra i profunda que iba a tragar a su padre. El muchacho perdió las fuerzas i soltó el cajon que cayó formando un ruido parecido a un quejido de dolor i de muerte.

—No tengo valor, murmuró, cubriéndose el rostro con las manos.

—Creías muchacho, dijo en tono de burla el sepulturero, que los muertos se hacian livianos? son personas testarudas, añadió despues sonriéndose mui satisfecho de su ocurrencia.

Dos hombres tomaron el cajon i balanceándolo a los bordes de la huesa lo soltaron.

Al caer hizo un ruido atronador, chocando contra las paredes.

Custodio lanzó un grito i se abrazó del sirviente de don Juan.

Poco despues se oian una a una las paletadas de tierra que caian sobre el cajon desclavado por el golpe.

Ese entierro se habia hecho sin ceremonia alguna i con ese aire sarcástico i grotesco que persigue al pobre hasta en su última morada.

Una cruz formada de dos palos fué colocada sobre la tierra húmeda, despues de haberla besado religiosamente Custodio i el sirviente de don Juan.

—Ya no se volará este pájaro, dijo el sepulture-ro, dando la última pisada.

—Vamos saliendo, añadió poco despues el pan-teonero, no es cosa de pasar toda la noche aquí.

Custodio quiso decir adios a su padre; pero su lengua entorpecida por el dolor, no pudo pronunciar una palabra.

El criado de don Juan le tomó por la mano i caminó con él.

El compañero de Custodio no habia despegado los lábios durante esta escena, pero su rostro daba a conocer claramente lo que sufría.

.....

Al dia siguiente toda la familia se dirijia al ce-menterio a orar sobre una tumba i a colocar en ella sus últimas esperanzas.

MANUEL CONCHA.

A la estatua de Portales.

¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú? Responde,
Sombra que el mármol con su hielo esconde;
Que quiero yo saber a quien contemplo:
Conocer si eres héroe en patriotismo,
O solo un monumento de egoismo,
Por el poder alzado,
Para ser por el pueblo venerado
Cual falso Dios en mentiroso templo.
Contesta, pues, que el pueblo enternecido
Pretende conocer hoy tus virtudes,
Tus hechos i aptitudes
Para postrarse humilde i reverente
Delante de tu erguido pedestal,
Sin cambiar imprudente
Por el ángel del bien el dios del mal,
I orar por tí, si en realidad entonces
Un jénio te creyera
Que justo de la Patria mereciera
Ese mármol suntuosos i esos bronces.

Mas ¿qué veo, qué dice este letrero
Escrito en grandes caracteres de oro?
PORTALES leen mis ojos admirados,
I sin querer dóbleganse anegados
En lágrimas de amor i de respeto;
I el corazon, a su pesar sujeto,
Vibra profundas largas pulsaciones,
I exhalando suspiro tras suspiro,
Mas triste lloro cuanto mas te miro.

¿I cómo no llorar, cuando te veo
Hoi solo a duro bronce reducido:
Cuando miro tu rostro ennegrecido,
Tus ojos sin mirar, helado el pecho,
Aquél pecho valiente que fué escudo
Dó se estrellara el huracan deshecho
De dura guerra i de venganza impía;
I a cuyo esfuerzo, al fin, la patria mia
Salvarse honrosa para siempre pudo?

¿I cómo no llorar, cuando recuerdo
Que Chile desangrado, empobrecido,
Por las facciones fieras dividido,
Sin prestigio, ni crédito ni brillo,
En vez de apoderarse del arado
Para labrar su suelo afortunado,
Tomando ya la tea, ya el cuchillo,
Al abismo corria en derechura
Para dar a sus glorias inmortales,
Despues de cruentos males,
Indigna i abismosa sepultura?
Pero viniste tú: tu jénio solo
Reunió los elementos

Que vagaban dispersos i violentos,
I a cada cual mostrándole su esfera,
Hiciste que la máquina pudiera
Penetrar del progreso en la ancha via
I navegar lijera
Entre las olas de la mar bravía.
Tu jénio, pues, se opuso a la corriente,
I la nave triunfante de repente
De los escollos i hondo remolino
A izar volvió orgullosa
La bandera gloriosa,
Signo inmortal de nuestro gran destino;
I caminando alegre, viento en popa,
Cruzó el mar del Pacifico admirado,
I fijó las miradas de la Europa
Sobre un pueblo ignorado.

No venciste en la guerra a tus contrarios:
Tus glorias no nacieron de la muerte;
Tu nombre no fué parto de la suerte,
En que el *dado* es la espada,
I el jugador feliz se trueca en héroe
Para la turba vil avasallada.
En tus hombros no vióse esos cordones,
Ni en tu sombrero el tricolor penacho
Que acatan reverentes las naciones
Sin el menor empacho,
Como si el hombre solo fuera creado
Para adorar *la fuerza* prosternado:
Para besar talvez la misma mano
Que le infunde pavor, que lo amenaza,
I que pone en sus lábios la mordaza.
Nó, tu campo fué solo el gabinete,
Tus armas el civismo,
El injenio, el trabajo, la constancia,
Ese amor patrio, libre de egoismo,

Sin fausto vano ni pueril jactancia:
Ese amor a la patria, con que enfrena
El mezquino interes i el alma llena
Un patriota virtuoso,
I que lleva a inmolar hasta la vida,
Riquezas i reposo.
En los altares de la patria misma,
Que, ingrata a veces cruel e inadvertida,
A un tiempo que da un nombre
Maldice impía i escarnece al hombre.

Si contar pretendiera lo que hiciste,
Mil tomos escribiera;
Pero nunca dijera
Como yo siento cuanto grande fuiste,
Para medir tu esfuerzo i tu talento
Me basta contemplarte;
Me basta el admirarte
Para graduar tu poderoso aliento.
Sí, me basta mirar lo que era Chile
Hace solo treinta años,
I despues estender mi vista ansiosa
Desde el rico Atacama a Magallanes.
Mirar el suelo, el mar i la montaña:
Ver un palacio aquí que fué cabaña,
Allí un suntuoso monumento alzado,
Dó fué un páramo ayer abandonado.
Una fábrica allá donde un pantano
Hace poco se via:
Una aldea, por fin, un pueblo entero,
De su trabajo i sn constancia fiero,
Dó ni el cóndor altivo i solitario
Su eterna soledad interrumpe.

¿Estos bienes quién pudo conseguirnos?
¿Tanta dicha quién pudo regalarnos?
La paz! solo la paz por tí fundada.
Pero paz sin herirnos,
Pero paz sin rubor, sin ultrajarnos,
Pero no aquella paz en que vejeta
El alma i abatida se sujeta
Al infortunio, i dóblase postrada
Escondiendo su faz abofeteada.
Mas ¡quién dijera que tan bellos dias
Fueran solo despues melancolicas!
Ah! quién creyera que tu afan tuviese
Por premio tantas lágrimas i males!
Que tu obra, sino rota. al ménos fuese
Tan mal seguida, sin igual Portales!
No importa: la columna que levanta
El jénio esclarecido
Sobre un hondo cimiento, siempre vive:
El empuje del tiempo siempre aguanta
Sin ser jamas derruida;
Pues si embates recibe,
El tiempo le regala fortaleza
Para afrontar la rabia i la braveza,
Desafiar las edades,
I mostrar en su base magullada
Al porvenir los sueños i maldades
De la jente en la nada sepultada.

Así pues tu memoria
No morirá del corazon Chileno:
Tu estatua está de mas: en cada seno
Estatua tienes de viviente gloria.
¿A qué pues te presentan suspendido
Sobre un trozo de mármol? Los pequeños
Está bien se suspendan a esa altura;

Mas el que tiene un nombre ya esculpido
Con letras diamantinas en la historia,
Mas el que tuvo colosal figura,
No ha menester de bronce una memoria
I de mármol rompible en miniatura.
Este acento no nace del embuste,
No es el eco falaz de la mentira;
La torpe adulacion no me lo inspira,
Ni yo lo lanzo porque a nadie guste.
No por Dios! si tal fuera,
Que mi musa muriera,
I mi pluma quedase relegada,
Para borron eterno,
Para escribir por siempre avillanada
Para todo gobierno.
De niño no te amé, sombra querida,
Lo confieso con pena,
Pues siempre el alma juvenil se llena
De la ilusion mentida,
I creyendo maldad donde hai grandeza,
I tomando *poder* por tiranía,
Odia al que manda, i verlo desearia
Doblar humilde la triunfal cabeza.
Hombre ya, te admiré: lloré tu suerte,
Compadecí al idiota
Que al darte aleve ignominiosa muerte
Te hizo llamar el *mártir de Quillota*.
El bárbaro! rompió lo que no pudo
Ni comprender siquiera;
Al ménos Bruto en su demencia fiera
Hundió el puñal en pecho patricida:
César era su padre; pero al cabo
César era tambien liberticida.
Pero tú, ¿qué delito cometiste?
En qué al pueblo oprimiste?
¿De qué tirano te tentó la gloria?
Tuviste mas envidia, por ventura,
De Napoleon, de César, de Bolívar,
Que de aquel héroe, cuyo lábio nunca
Respiró sangre ni probó el acibar?
¿No es verdad que si alguno te tentara
A envidiar el injénio i la fortuna,
Fué solo aquel que al pueblo acariciara
De libertad en la amorosa cuna?
Sí, a Washington, a Washington tan solo
Pudiste codiciar esa corona,
Dó luce tanta estrella,
Pues que jamas de un polo al otro polo
Vióse figura mas amable i bella.
Ademas ¿quién supiera
Cual tu postrero pensamiento fuera?
¿No encerraba tu noble i gran cabeza
De Chile la grandeza?
Pero nó, sin dejar al gran artífice
Finalizar su colosal figura,
Se abrió sus piés indigna sepultura;
I se enterró con él el gran secreto
De seguir el trabajo comenzado,
Con tanto jénio de la nada alzado.
Moriste pues, Portales,
I la nave preciosa,
Sin mas piloto que su mismo empuje,
Siguió atinada; mas al cabo ruje
La tempestad airada, arrecia el viento,
Los mástiles deshace, al fin zozobra;
I rota ya tan portentosa obra
Encalla en la ribera:
I el náufrago aterido

Se juzga guarecido

De la tormenta fiera

Con solo contemplar esos despojos,
Glorias ayer no mas, hora sonrojos.

Perdona, sombra augusta,

Si mi cuitada voz hiere tu mármol:

No tu faz nos contemple tan adusta,

Que aunque marchito está, vive tu árbol.

Vive sí, vivirá, Dios lo ha dispuesto:

Así lo quiere Dios, no hai que dudarle:

Si deshojado está, tal vez podarlo

Fuera volverle su vigor lozano.

Mas para el fin, aquella sábia mano

Elejirá al dichoso,

Que juzgue digno de tan grande empresa,

Al patriota virtuoso,

Que sin bandera de faccion impía

Piense solo en el bien, solo en la gloria,

En el bien comunal de Chile entero,

A toda intriga e interes ajeno,

Como buen ciudadano i buen chileno.

¿Lo crees así Portales? Me parece

Verte decir, espera! pueblo, espera!

Mas nó, no dices nada; estás callado:

Tu faz aun se me antoja ya mas fiera,

I hasta tu brazo de ese libró armado

El cadalso de Chile levantado.

No por Dios! si es así, noble perdona

Al presente sumido en desconsuelo,

I goza allá en el cielo

Tu merecida espléndida corona.

M. BLANCO CUARTIN.

La penitencia de Maria de Joisel.

(Continuacion.)

Despues de haber arrojado una mirada sobre la prisionera:

—Hermana mia, dijo con una voz anjélica, el médico de la prision está imposibilitado, por su edad mui avanzada de prestaros los socorros de la medicina; así podeis poner vuestra confianza en este que nos ha sido enviado por su tio, el respetable abate Le Blanc.

La prisionera inclinó lentamente la cabeza, arrojando una mirada indiferente sobre Henrique Thomé.

—Vuelvo dentro de algunos minutos, repitió la relijiosa cerrando la puerta.

El jóven médico permaneció de pié, delante de la prisionera que estaba sentada en la orilla de su cama.

—Por favor, señor, dijo ella con una voz imperativa, por favor, decid que estoi enferma.—No os será esto mui difícil, puesto que sois médico, repitió con una sonrisa lijeramente burlona.

I al decir estas palabras, levantó sobre él dos ojos que lo deslumbraron.

—No sé que responderos, señora, sino que os encontraré tan enferma como querais estarlo. Para quietud de mi conciencia, permitidme consultar....

No acabó aun su frase, cuando la prisionera viendo que él le tendia la mano, le dió la suya sin hacerse de rogar. Como sintió que la oprimia un

poco mas de lo que debe un médico, le preguntó con empeño si la encontraba fiebre.

—No, señora, respondió con voz turbada. Pero puesto que lo quereis, os declaro enferma. Voi en el instante a certificarlo en el registro de la casa.

—Os agradezco, señor, esta bondad. I en el acto tomó un libro de oraciones i pareció que leía en él. Henrique Thomé, mui ajitado, dió un paso en la celda buscando algun modo de renovar la conversacion.

—Señora, teneis un amigo bien afectuoso en mi tio el canónigo: le habeis tocado el corazon. Un tan grande infortunio llevado noblemente, una belleza tan superior por un destino fatal oculta en una prision, tantas lágrimas caidas en el silencio i la soledad cuando habrian tantos corazones que querrian recojerlas.... La prisionera cerró su libro i levantó con orgullo su cabeza:

—Señor, dijo con un poco de amargura, yo no concedo a todos el derecho de compadecerme.

Como vió que estas palabras herian al jóven médico, buscó modo de suavizarlas.

—Sin embargo, prosigió con un suspiro doloroso, la amistad que ambos tenemos por el señor Le Blanc quizá os escusa. Compadecedme si quereis, no me enojaré mas.

En este instante la relijiosa abrió la puerta.

—Hasta mañana, señora, dijo Henrique inclinándose.

La prisionera no respondió, se contentó solo con saludarlo con un aire bastante frio. Henrique se fue pensativo. Era entónces los primeros dias de abril en que el sol esparcia sus mas dulces rayos. Al pasar por esa triste calle de la Llave, donde se abre, o mas bien se cierra la prision, él creia caminar por un pais encantado. No veia sino el cielo. Si sus miradas se bajaban sobre las murallas negruzcas de santa Pelajia, era para descubrir las copas del alelí salvaje que sacudia la brisa primaveral. No oia sino los latidos de su corazon i las armonias de su alma. Si su oido se abria, era para la cancion alegre de alguna ave amorosa que voltijeaba sobre los techos cubiertos de muzgo en la prision.

Al encontrar a su tio despues de medio dia, no pudo ménos que decirle, que habia visto una prisionera que era la mas bella mujer del mundo.

—Sin embargo, añadió, no he visto sino sus ojos i sus manos. Pero ¡qué ojos tan terribles! i que manos tan adorables!

—Ojos i manos culpables, dijo el tio con un suspiro. No hablemos nunca de esa mujer.

Ya una vez en su alcoba, Henrique Thomé buscó en su memoria el cuadro de su entrevista con la prisionera. Poco a poco esa figura que apenas habia mirado venia a reanimarse bajo sus ojos encantados, con su palidez satánica, sus facciones tan puras i tan altivas i su encanto tan fascinador. Puesto que hemos principiado este retrato, concluyámoslo con una sola palabra.

Coypel ha pintado a esta prisionera en sus mejores dias: era un recuerdo fiel de la cortesana del Ticiano, tez empalidecida con el fuego infernal de la pasion; el mismo ardor voluptuoso en los ojos que en los lábios. Sin rasgo de recuerdos o sentimientos del cielo: toda ella enteramente mundana; hecha para amar, hecha para matar con su extraño amor. Cuando Henrique Thomé la vió en su celda no era ya la misma mujer; léjos del sol,

del mundo, del amor, sus mejillas se habían marchitado a fuerza de llanto, sus ojos menos ardientes se habían velado con la contemplación de la eternidad. Pero, si era menos bella entonces para la vista, lo era mucho más para el corazón.

—Amar a esta mujer es arrojarse en el circo de los leones, murmuró Henrique Thomé inclinándose la cabeza.
Durante el resto del día, durante la noche trató de sustraerse al recuerdo fascinante de la prisionera; pero él estaba bajo su encanto, pero él veía aquella pálida figura en que la pasión había impreso sus estrofas elocuentes, aquellos ojos hechiceros que habían vertido tanto amor i tantas lágrimas.

IV.

LOS SALMOS DE LA PENITENCIA.

Al día siguiente, hacia el mediodía, Henrique Thomé volvió a la prisión. Estaba más ajitado i pálido todavía que la víspera cuando entró en la celda de la bella prisionera. Sin embargo tuvo bastante fuerza para dominarse; i con el deseo de penetrar un poco en tan grande infortunio, echó a cuanto lo rodeaba una mirada escudriñadora, hablando al mismo tiempo del fastidio mortal de la prisión cuando el sol de abril resplandeciente convidaba a los goces de la tierra a todas las pobres criaturas humanas. La celda era cuatro o cinco veces más grande que una tumba: sobre sus murallas húmedas no había nada capaz de distraer la vista i engañar el espíritu; sobre su suelo nada con que preservar a un pié delicado. No tenía más mueble que un lecho angosto i duro, una silla muy larga rellena de paja, una pequeña mesa de encina negra, un costurero, un cántaro, algunos libros de piedad i una pequeña maceta de greda en que la infeliz cultivaba sus violetas. Para alumbrar este cuadro tan lúgubre, no había más que unos cuantos rayos de luz interrumpidos por la reja de una estrecha puerta que permitía apenas entrever el cielo.

—No permaneceréis más aquí, dijo Thomé indignado del suplicio de la condenada; así no podríais vivir un año.

—Hace doce años que vivo así, contestó ella, con una triste i dulce resignación.

—Doce años! replicó Enrique enteramente pálido i balbuciente i como si hubiese recibido una herida mortal en el corazón.

—Pero, qué importa? volvió a decir la prisionera, cuando estoi condenada a morir aquí. Ah! la muerte misma parece rechazarme de su seno! Tomó, como la víspera, su libro de rezos para ocultar su dolor.

—Los que os han condenado a este suplicio son unos bárbaros, señora. Aquí no veo más que una venganza odiosa.

—Por favor, señor, no me habléis del pasado: para vos no debo ser más que una prisionera enferma i nada más.

—Deberíais ser muy joven, señora, hace doce años.

—Tenía veinte i dos años.

—¡Qué! Los más bellos días de la vida se han consumido en esta horrorosa soledad!

—¡Habeis vivido lejos de los goces adorables de la juventud! Sin un corazón que haya venido a com-

partir vuestra desesperación i vuestros dolores!

La prisionera no escuchaba a Enrique, al menos ella hacía como que se esforzaba en leer los salmos de la penitencia. Viéndola así, respetó su silencio i se retiró. Al pasar por el cuarto del carcelero, preguntóle que es lo que se decía en Santa Pelajia de esta prisionera. El carcelero respondió que lo único que se sabía, era que su nombre de pila era Maria, i que había sido encerrada allí por un hombre vestido de negro de piés a cabeza; que era una pobre mujer muy resignada con su suerte, que lloraba siempre, pero que no se quejaba jamás. Enrique iba a alejarse con estas solas indicaciones, cuando el carcelero añadió:

—Olvidaba decir que varios caballeros han venido en coche a ofrecerme cien escudos por verla un solo instante. Siempre yo lo he rehusado. Uno sobre todo era el más empeñoso: este habría hecho mi fortuna si yo hubiese dado a la cautiva la llave del campo.

Tan pronto como hubo entrado Henrique en su casa fué a hablar con el canónigo que leía su breviario en un rincón del cuarto.

—Tío, espero de vuestra amistad algunas noticias sobre la prisionera que se llama Maria. Médico del cuerpo, es preciso saber lo que se ha pasado i pasa en el alma.

Hijo mío, yo no diré sino a Dios lo que el confesor ha escuchado en la tierra. Por otra parte: desde el momento que absuelvo a un pecador olvido sus crímenes. Solo a Dios pertenece el apuntarlos en el gran libro del juicio eterno.

—Ah! tío, vos no debéis haber olvidado lo que os ha confesado Maria.

—Escucha, hijo, no hablemos jamás de esa mujer; olvidemos sus crímenes hoy que ha derramado las lágrimas de la penitencia.

Como el canónigo, al pronunciar estas palabras mirase a su sobrino, se quedó sorprendido de su palidez, de su inquietud, del fuego extraño que se veía en sus ojos.

—Qué he hecho imprudente? se dijo el abate le Blanc pensando en la belleza fatal de la cautiva. ¡Si este muchacho fuese como tantos otros a prendarse de su maldita hermosura!

—Amigo mío, continuó en alta voz, esa mujer es un abismo profundo i tenebroso que yo no he mirado jamás sin espanto. Es forzoso compadecerla sin mirarla, pero temer el vértigo: el crimen ha estraviado a más de un joven. Olvidaba decirte que tengo una carta preciosa para tí!

—Una carta de mi madre! dijo Henrique rompiendo el sello. Leyó con un ardor filial, pero con todo con el corazón distraído. Aquella carta exhalaba una ternura materna tan patética, un perfume de familia tan puro que durante algunos minutos se avergonzó de su loca pasión para con una culpable. Vió aparecer a Maria bajo facciones menos suaves, delante del recuerdo de su madre que era un modelo de virtud cristiana; pero poco a poco el demonio volvió a tomar imperio en su corazón ya estraviado.

Por la noche, cuando estaba solo le pareció que hacia un siglo que no veía a la prisionera: casi se espantó de aquel amor naciente que había tomado ya tanto dominio en su alma. Cayó arrodillado, aunque había perdido la costumbre de rezar i trató de recurrir al recuerdo tan cariñoso de su madre.

—Oh! Dios mio! Oh madre mia! Libertadme de esta mujer! Pero al mismo tiempo ¡Oh mi Dios, continuó anegado en lágrimas, libertadla de la prision!

Léjos de luchar todavia se dejó llevar con un amargo deleite por aquel fúnebre amor que no tenia por horizonte mas que las murallas de una celda o mas bien los fantasmas de un crimen. Pero el amor nos pone siempre sus manos sobre los ojos. Henrique no veia en la condenada mas que una bella mujer de alto nacimiento, con toda la majia del infortunio i de las lágrimas. Ademas, si pensaba en los crímenes de Maria, léjos de revelarse contra él mismo, se enternecia i descendia mas todavia en el abismo. ¿No es el amor un incendio voraz que la lluvia misma atiza en vez de apagar?

(Continuará.)

El Error, el Sofisma i la Verdad.

FÁBULA.

Despues de una disputa acalorada

Entre estos caballeros,

I a tiempo de venirse a los aceros,

Por no decir a grito i bofetada,

Se estableció que cada litigante

Buscase un abogado en el instante.

Pues yo, dijo *El error* con torvo ceño,

I echando una mirada

Que su ánima revela atravesada,

A mas de mi razon, tengo un empeño

Que habrá de ser, lo juro, suficiente

Para humillaros vuestra altiva frente.

Los jueces son mis íntimos amigos,

Pruebas de ello me han dado;

Por ellos, lo sabeis, siempre he triunfado

De todos mis valientes enemigos;

I por ellos, en fin, estoi seguro

Que he de salir airoso del apuro.

Ademas, en el mundo se me acata

Cual a verdad divina,

Pues quiso *aquel que todo lo destina*

Que me siga este mundo de reata:

Que me albergue en su seno rei i roque,

En fin, cuanto yo mire i cuanto toque.

I no es fanfarronada lo que asiento,

¡Nada de eso por Cristo!

Cinco mil años hace que estoi listo

Para embrollar al pobre entendimiento;

O mejor, os diré cinco mil años

Hace que el mundo adora mis engaños.

¿I así pretenderíais, insensatos!

Disputarme el empleo

Que ejerzo sin rival, i, segun creo,

Los hombres me han de dar? ¡Ah mentecatos!
No sabeis lo que valgo, i mas valiera
Que alguno de vosotros lo supiera.

Diciendo esto, sentóse mui ufano,

Como juez en audiencia

Que aunque charla en contrario a su conciencia

Sabe que de la corte es un tirano,

I con desprecio de sus dos oyentes

Sonrió i de gozo rechinó los dientes.

El Sofisma, de cierto mui turbado,

Comenzó tembloroso

A hablar con jesto triste i quejumbroso,

I despues de haber mucho divagado

Por decir algo, concluyó diciendo

En fin, señores mios, yo me entiendo:

Si es cierto que el *Error* goza de honores,

De premios i grandeza,

Tambien es cierto que odia la pureza,

Que vive de crueldad i de dolores;

I que, en fin, aunque triunfe en ocasiones

Del mundo lleva siempre maldiciones.

Mi suerte es mui distinta, con cautela

A pechos inocentes

Sé cautivar, i a los indiferentes

Gobierno como a niños de la escuela;

Por último, por mi aire timorato

Soi amado de todos sin recato;

I creyéndome a veces verdad pura,

Me prestan sus honores,

I por frágil que sea mi ventura

Siempre en los puestos gozo los mejores;

Mientras que tú, una vez reconocido,

No puedes existir sino escondido.

La Verdad entre tanto mui severa

Pide un corto silencio,

I con su voz metálica i entera

Dice: jamas a nadie reverencio,

Aunque se encuentre en la mayor altura,

Cuando torpe proclama la impostura.

Así tú, *Error*, que oprobio a los humanos

Solo inspiras porfiado,

I haces que huellen torpes i livianos

La razon que los cielos les han dado,

No debes del poder hacer alarde,

Pues que lo has de perder temprano o tarde.

I tú, *Sofisma*, torpe mentiroso

Que la humana comedia

Conviertes las mas veces en tragedia,

Tomando mi lenguaje caloroso,

Copiando hasta mi aliento i mi semblante,

Ya no podrás triunfar en adelante;
 La humanidad conoce sus derechos,
 Tiene de ellos conciencia,
 I no consiente ya que a la inocencia,
 A los mas puros i elevados pechos,
 Burles hoi mas con torpe hipocresía,
 Pues que a su lado está *Filosofía*.

Esta palabra al parecer terrible
 Léjos de causar susto
 A los tales, les causa sumo gusto,
 I con gozo inefable e increíble
 Replican: está bien, señora mia,
 Vamos a ver a *la filosofía*;

I verás como al punto nos recibe
 Tiernamente en sus brazos,
 I de amistad estrecha nuestros lazos
 I por nosotros obras mil escribe.
 Diciendo esto, se fueron de braceró,
 I la *Verdad* con tono lastimero,

Exhalando un suspiro entrecortado
 Repite: cierto! cierto!
 Si no fuese yo eterna habria muerto
 Hace tiempo a sus golpes, de contado;
 Pero esperemos que la luz completa
 De la Verdad alumbre este planeta.

MANUEL BLANCO CUARTIN.

Crónica de la Semana.

SUMARIO.—Sursum corda.—Cámara de Diputados.—Sainete parlamentario.—Al lado de esto un baile.—El sacerdote árabe.—Un nuevo cólega recién nacido i otro por nacer.—El retrato de Portales.—Un concierto en ciernes.—Apertura de sucesion.

Alabado sea Dios! es el grito que se escucha desde antes de ayer en todos los ámbitos de la capital; i jamás, no habrá quien lo dude, ha sido este santo grito repetido ni con mas verdad ni con mas entusiasmo.

Poner una mordaza en los labios del maldiciente, armar una trampa al sedicioso, dejar a todos los que puedan gritar con la palabra en los hocicos, i reducir, por último la situacion presente a un Chiton!!! si no es obra que merezca un *alabado sea Dios!* venga él mismo i véalo, como dice el refran, i como decimos todos sin refran ninguno. Es tanto el contento, pues, que nos rebosa, que no hai salon ni círculo, ni café, ni botica, ni corrillo, en que no se eleven los ojos al cielo i se diga, despues de hacer el competente i merecido elogio de la mayoría del congreso, un *sursum corda* el mas tierno i fervoroso.

Sin embargo de esto, i a pesar del consuelo que hemos recibido como buenos patriotas, al ver como las Cámaras han seguido la intencion del Ejecutivo, adivinado su pensamiento, como se dice, no estará de mas entrar en algunas observaciones i detalles que siempre gustan a los lectores.

La política, como veis, tiene algo, por no decir

mucho, de prestidijitacion, i por eso es que los que se llaman grandes políticos u hombres de Estado, se han considerado como los primeros mágicos, acróbatas, brujos o prestidijitadores que ha tenido el mundo.

Decimos esto, porque no ha dejado de parecernos chusco el modito con que el Ejecutivo recaba del Congreso un año mas de facultades omnímodas. Sí, el modito no puede ser mas humilde; así, era preciso haber sido una fiera para haberle negado lo que pedia. Pobrecito! Miren que solicitar que se le autorize *para que pueda mantener en vigor i hacer efectivas las medidas que hubiere dictado en virtud de las facultades extraordinarias* de que se halla investido, i que esta autorizacion dure hasta el 30 de setiembre de 1861; es una cosa que a cualquiera da ganas de contestarle: tómelas usted en hora buena i vamos andando.

Lo que si es raro i curioso es que pida el beneplácito para lo que hubiere hecho en virtud de las mismas facultades de que ya se hallaba bien agarrado. Si las medidas eran conformes al derecho de dictarlas ¿a qué pedir vénia, a qué pretender sancion de haber obrado dentro del círculo de sus atribuciones? Se nos dirá que esto se hace para que la causa no quede sin efecto, o en otros términos, para que los que están proscritos, i que podrian venir una vez estando el pais sin extraordinarias, no vengan hasta el octubre del año que viene, que es cuando el pandero estará en manos seguras i no haya miedo de que otros puedan tocarlo.

Si esto es lo se quiere decir en el proyecto de lei del Ejecutivo ¿a qué ese introito meloso i ambiguo del mensaje, ese tonito timorato i humilde para pedir la cosa sin atreverse a llamarla por su nombre?

A propósito del modo como el Ejecutivo ha pedido la autorizacion de las facultades dichas, un caballero me ha dicho que esto le recordaba a una señora que él conocia, la cual de puro corta de jenio nunca pedia una limonada por su nombre i de un golpe, sino pidiendo primero un poquito de agua, despues un terroncito de azucar, i despues unas gotitas de limon. Como veis, la señora del cuento no es la única que sabe pedir avergonzada; i en esto, si hemos de ser francos, no deja de haber su quisicosa, pues los hombres jeneralmente se asustan cuando se les pide de repente, i llegan a negar lo que pedido poquito a poco suelen conceder sin trabajo.

Dejando la manera de la solicitacion, veamos cual es el fundamento que se alega para mantener el pais en un réjimen anormal, en una situacion forzada, i de la cual, si no se contase con nuestro borreguino carácter, podria dar lugar a una exasperacion casi justificable.

Primero, se dice que se piden facultades extraordinarias, porque habiéndose aumentado el ejército de un modo considerable no es posible pagarlo de otra manera que con el uso de un poder extraordinario, pues que constitucionalmente es imposible invertir tanta suma en sostenerlo. Todo esto está bien: pero i al ejército tal como está no puede mantenerse sino asumiendo un poder omnímoto ¿por qué no se le disuelve? A esto se nos contesta, que no puede disolverse porque seria defraudar las esperanzas o mal

pagar a los que se han sacrificado por el sostenimiento del orden público. Si esta razon es verdadera i debe acatarse como un principio inconcuso de justicia ¿cuándo, preguntamos, podrá desolverse? ¿Se podrá algun dia?

Es claro que nó, pues que se disuelva hoy, que se disuelva mañana, siempre su disolucion traerá consigo la pérdida de las expectativas del soldado i el premio de los esfuerzos del jefe. La razon porque no se le disuelve, dice el mensaje, es esta: que teniendo que castigar *al bárbaro* en el verano próximo no es posible ni racional desbaratar una fuerza con la que vamos a hacernos dueños del rico territorio que ahora poseen los Indios. Si esto es así ¿porqué no se pide sencillamente la facultad de poder sostener el ejército en el pié que está, i se renuncian las otras facultades que no tienen nada que hacer con el asunto?

Pero no es esto, ni nada de lo que se diga por los órganos del Gobierno el alma del borrego: lo que hai en el caso es que no se quiere que vengan los que están fuera, que no se quiere permitirles el derecho de sufragio para que las elecciones sean canónicas, i se hagan como Dios manda, calladitas i con todo el recojimiento digno del caso.

Pero nó, dice el mensaje;

«No se trata de dictar nuevas medidas, i aun las mismas ya dictadas, i que creo necesario mantener en vigor, me parece que podrán quedar sin efecto pronto, si como tengo confianza, seguimos gozando del orden interior i de la tranquilidad a que hemos vuelto despues de penosos sacrificios.»

Sea todo esto mui puesto en razon, sea todo esto un modelo de benevolencia, sea en fin lo que se quiera: pero ¿cómo se entiende, pregunto yo, eso de pedir para no hacer uso de lo pedido? Si el Ejecutivo no quiere facultades extraordinarias para castigar en adelante ¿para que las pide? Si es para tener siempre a los de afuera afuera ¿porqué no dice esto en el artículo único del proyecto?

Por otra parte, si el Ejecutivo cree que las medidas que ha tomado, pronto deberán cesar por ser ya innecesarias ¿cómo es entonces que pide facultades por todo un año mas? ¿O cree que *pronto* significa *un año*, i que un año es un instante desapercibido para los que padecen fuera de la patria?

Ademas, si la tranquilidad nos favorece, si el horizonte, como el mismo mensaje lo asienta, está despejado i parece prometernos un arco iris de paz i de bonanza ¿a qué pedir, repetimos, ese remedio, o a qué ponerse ese parche ántes de que salga el grano, como se dice?

Pero no, señor, estamos perdiendo palabras i racionios: las facultades extraordinarias son hoy las peras que da el peral: son hoy las bellotas que da la encina que plantó el congreso en 59, como lo serán las que todavia puedan venir en adelante.

Pero aunque así sea ¿para qué nos apuramos? ¿No nos ha prometido el Ejecutivo no tomar medida ninguna contra los que estamos adentro? Luego a qué temer, a qué sobresaltarse, a qué gritar cuando vamos a quedar lo mismo que estábamos, es decir, con todas nuestras cosas en su sitio i con el mismo sueño i apetito de siempre? En este concepto bien venidas seais *facultades extraordinarias* de mi alma; sí, bien venidas seais, si habeis de ser como el madero que Júpiter envió

a las ranas; pero ah! ¿quién puede asegurar que ese madero no se vuelva una serpiente i tengamos la misma suerte de los zapatos de la fábula?

La Cámara de Diputados, lector, como debes saberlo ya, ha sido ayer un verdadero campo de Agramante de discusion; i en ello, como tambien lo sabeis, se ve mas claro que en ninguna otra cosa el benigno espíritu que la mueve i el jeneroso denuedo de que estamos todos poseidos como verdaderos hijos de una república democrática.

Como era de esperarlo, los señores Lastarria, Concha, Vargas Fontecillas i Marin fueron los que sostuvieron el combate, siendo desgraciadamente despues de tantos esfuerzos, arrollados por la mayoría como sucede siempre a los que batallan noblemente por una causa justa.

El señor Concha, sinembargo, fué el que quemó hasta el último cartucho en esta refriega, i a quien los hombres del partido liberal, los hombres que aman el pais, deben estar por siempre agradecidos. Fiel a sus principios, sostenidos noblemente durante treinta años, fiel a su conciencia i sus convicciones, el señor Concha debe tener la satisfaccion, que mui pocos pueden contar en estos tiempos, de no haber tenido jamas que retractarse de sus ideas, de no haber sido nunca desleal a la causa que ha defendido.

Soldado, siempre franco i jeneroso, de los buenos principios, a pesar de la fortuna i de las demas consideraciones que llaman al hombre al egoismo, lo hemos visto siempre luchar contra el poder para arrebatarse lo que en su sentir, era usurpado a la justicia. En los archivos de la Cámara de Diputados está un proyecto iniciado por él para abolir la pena de palos: allí mismo se encuentran las actas del Congreso en las que puede ver el que quiera, que este honrado caballero no ha dejado jamas de defender toda idea sana, todo buen principio hollado, todo sentimiento, en fin, vilipendiado indignamente.

Este elojio que de todo corazon le tributamos no lo arranca la lisonja: ni él la necesita, ni nosotros quisiéramos conquistar su aprecio por este indigno medio.

El señor Concha, pues, con esa lójica fuerte producida por la conviccion, desbarató las razones del señor Ministro del Interior, i eso que el señor Ministro conoce el pujilato del racionio mejor que ninguno de los oradores que tiene el congreso.

El señor Lastarria cumplió con su deber, pero, en nuestro juicio, no cumplió como debia con su talento: fué inferior en sus razonamientos a lo que es siempre; pero apesar de todo debe el pais estarle asimismo reconocido i pedirle mas entereza, mas enerjía, que es lo que en el comun sentir de sus apasionados le hace jeneralmente falta.

Dejando aquí el tono serio i concienzudo vamos al sainete, lector, al final de este probervio dramático representado tan soberbiamente por la mayoría.

¿No sabeis que el señor presidente de la Cámara, el señor Ovalle i Bezanilla se atrevió a dar un consejo, o mejor, a echar una raspa al Diputado Lastarria por que queria ausentarse de la cámara viéndo inutilizados sus esfuerzos? Oh! el tal pre-

sidente estuvo en su puesto! ¡Qué Boissy d'Anglas ni qué calabazas, el señor Ovalle fué impertérrito, imponente, estridente, estruendoso, hizo mas que lo que hizo aquel, cuando se quitó el corbatín i estiró su cuello para que la barra amotinada se lo cortase a presencia de la Convencion. Sí, el señor Ovalle reprendió al señor Lastarria, diciéndole que si se iba, faltaba a su deber de Diputado; i sobre todo no quiso absolutamente consentir que se votase la indicacion propuesta por él, sino solamente la del señor Varas. ¡Qué imparcialidad! qué direccion tan atinada! Pero ya se ve! la cosa no era mas que un voto de confianza, un voto de adhesion, una muestra de cariño; i en tal caso, no hai para qué exigir mas formalidades sino simplemente conformarse con lo que hizo el honorable señor Ovalle.

La lei fué pues aprobada por 24 votos contra 13: once diputados mas cargaron su mano en la romana del gobierno.—Alabado sea Dios! *Sursum corda! sursum corda!* dice el pueblo! *sursum corda* repetiremos nosotros hasta mañana.

¿Qué me dices del baile, lector? Segun me han contado estuvo magnífico, pues no se hizo diferencia ninguna de partidos, i las señoras i las niñas hallábanse allí mezcladas como las flores en una chinesca porcelana, i los hombres de todos los colores matizando en cuanto podian aquel cuadro tan encantador, formado por las rosas, las azucenas, las violetas i los alelles. Cuando se baila, uno no se acuerda de la madre que lo parió ¿no es cierto lector querido? Verdad es sin embargo, que a las tullerías no van Orleanistas, ni Imperialistas i que el Faubour Saint Germain no quiere ni ha querido, como dice la Duquesa de Abrantes, ponerse sus medias azules para festejar a los usurpadores de sus derechos. Pero entre nosotros, gracias a Dios no se observa esto, i hacemos mui bien, pues ¿qué tiene que ver que uno sea opositor para no ir a comer los bocados de los ministeriales i andar con ellos haciendo zapatetas de contento i felicidad?—Una vieja mui amiga mia hablando de esto me decia, i dirán que nosotros somos *Juan de Orosco, cuando como no conozco!*

Ah! señora, la contesté: lo prosperidad hace jenerosos, i sino, la familia de *Franggi panni* hubiese obtenido este título que quiere decir *rompe-panes*, por las jenerosidades que hizo cuando Florencia estaba acosada por el hambre?

Dice Vd. bien, amigo, fué su respuesta; pero estos no son todos *Franggi panni* o *rompe-panes*, sino *come-panes* i nosotros, es decir, los de nuestro pelo, unos verdaderos *manggia cum tulli* o trágalo-todo, en la estension del vocablo.

Se nos ha contado que una de las señoras llevaba en el sócalo del vestido de albo tul, uua resplandeciente inscripcion bordada de lentejuelas: unos dicen que leyeron: Viva el Intendente! otros, Vivan las facultades extraordinarias!

¡Hasta los vestidos de las mujeres, lector, se han vuelto las murallas del convite de Baltazar!

¿I qué me dices del sacerdote árabe? ¿Has visto guirigai como el que se formó en la Compañía en dias pasados, i últimamente en San Francisco, con motivo de querer las beatas verlo de cerca?

Lo mas curioso es que hai viejas que le oyen la

misa i que dicen despues que no la han oido, porque no les vale, i que no les vale porque no entienden el árabe. Sobre la comunión de pan tambien dicen que les choca i creen que es cosa de protestantes.—Pobrecitas! ¿I cómo no creen protestantes a los Diputados i a los Senadores que comulgan i no con pan sino con ruedas de carreta?

Ya habrás leído el periódico llamado *El Pueblo*. Todos están mui contentos con él, especialmente los ministeriales que dicen que no dice nada que les duela, ¡que tontos! *El Pueblo* ese, sabe donde el zapato le aprieta i mas que lerdo seria sino lo supiera. Nosotros por nuestra parte, le deseamos larga i buena vida, alimento sobre todo, para que le aparezcan los colores de una vez i deje esa palidez indecisa que da motivo a que se le crea enfermo.

Otro cofrade tambien se nos asegura, verá la luz luego en San Felipe, con el título de *La Esperanza*. ¡Precioso nombre, si tuviésemos alguna! Pero cada cual tiene lo que tiene; así no será de estrañar que a los Sanfelipinos les quede todavia alguna esperanza despues de lo pasado.

Hoi te regalamos, lector, el retrato del ex-ministro Portales. Guárdalo pues; ese retrato es el de un gran patriota; pero no lo pongas haciendo juego con otros que se han hecho, porque no hacen pendientes, no; don Diego Portales era el jenio; sus sucesores son el trabajo, o mas claro, él era grande hombre i los otros pequeños.

Se nos ha remitido por la señora doña Athenais Lira un bosquejo de programa sobre un concierto que esta señora piensa dar en el teatro municipal ayudada de las primeras notabilidades artísticas.

Este concierto, segun lo asegura la misma señora, será arreglado con esmero; así no está fuera de razon esperar una buena cosa, un pasatiempo siquiera agradable i que nos haga olvidar la monotonía i el cansancio.

Lo que es por nosotros, deseamos mui cordialmente a la señora Athenais que consiga su objeto; que las musas ocurran al llamado de su necesidad; que seamos jenerosos para con la pobre viuda del señor don Miguel de la Barra, hoi condenada casi a una absoluta miseria.

Ah! se me olvidaba decirte que me han asegurado que para el 30 de setiembre del año de 1861 se abre la herencia de la finada doña Manuela Nacion; lo que te cuento, para que sepas si debes hacer valer tus derechos, i la comuniques a tus amigos para que hagan uso de los suyos.

Los bienes están entre tanto seguros: el síndico es bueno, hombre de negocios i de excelente manejo; así no temas nada, i espera conmigo el dia de la apertura de esa sucesion, a la que quisiera ser llamado en primera línea tu amigo afectísimo.

EL DUENDE.

Errata notable.

En la Crónica del número anterior, última página, primer columna, última línea dice:—*con la primaverales estivales*; debe leerse—con las pasiones primaverales.